
Entrada libre

Biografía

Thomas Carlyle

Este ensayo se publicó originalmente en *Frazer Magazine*, núm. 27, en abril de 1832. En sus páginas, Carlyle comenta la reedición, aumentada y anotada, del libro de James Boswell, *The Life of Johnson*, John Wilson Crocker, editor, Londres, 1831. Traducción de Antonio Saborit.

La natural sociabilidad del Hombre, contra todo lo que pueda decirse, se pone de manifiesto con abundante evidencia por este solo hecho: el indescriptible placer que le procura la biografía. Está escrito que “el correcto estudio de la humanidad es el hombre”; estudio al que se aplica, permítasenos admitirlo cándidamente, ya sea por medio de métodos ciertos o falsos, sin ningún reparo. “El hombre resulta perennemente de interés para el hombre; lo que es más, de considerar este asunto de manera estricta, no hay otra cosa de interés.” ¡Conocer a un congénere resulta inexpressablemente grato; ver en su interior, entender sus expresiones, descifrar el corazón absoluto de su misterio; más aún, no sólo ver en su interior, sino incluso mirar desde su perspectiva, observar el mundo tal y como él lo observa; de suerte que en teoría seamos capaces de construirlo y que prácticamente pudiéramos personificarlo; y que en efecto seamos capaces de discernir tanto el tipo de hombre que es, como el tipo de asunto en el que ha debido esmerarse y vivir!

En este tema nos inspiran al mismo tiempo un interés científico y uno poético. El científico, pues no hay mortal que no tenga enfrente un Problema Existencial, el cual, aunque sólo fuera el Problema de conservar la unión del alma y del cuerpo, que lo es para la mayoría, tiene la obligación de ser hasta cierto punto *original*, diferente al de cualquier otro; y sin embargo, a la vez, tan *semejante* a los demás; como los nuestros, por tanto; más aún, debe ser instructivo, en tanto que tenemos la obligación de *vivir*. Y el interés poético es aún mayor, pues precisamente esta misma lucha del humano Libre Albedrío en contra de la Necesidad material, que la Vida de todo hombre, por la sola circunstancia de que

Aun en las más sublimes obras de Arte, nuestro interés, como se quejan los críticos, es muy propenso a acusar una fuerte tendencia (o hasta una principal tendencia) Biográfica. En el Arte no hay forma de olvidarnos del Artista.



el hombre viva, ha de exhibir con mayor o menor éxito, es tal que por encima de todo lo demás exige la participación de la Simpatía del corazón de los mortales; y ya sea que esa vida se actúe, o bien que se le represente y escriba, no sólo es Poesía, sino la única Poesía que es dable. Impulsado por estos dos intereses que todo abarcan, el sincero Amante de la Biografía se ha de extender por todos los rumbos y se enriquecerá de una manera indefinida. Al observar con los ojos de cada nuevo prójimo, es capaz de discernir un mundo diferente en cada uno de ellos; al sentir con el corazón de cada prójimo, vive la vida de cada prójimo incluso como la suya propia. ¡De los millones de seres humanos vivos, cada individuo resulta un espejo para nosotros; un espejo tanto científico como poético; o natural y mágico a la vez, si se prefiere; del que con gusto correríamos su velo de gasa y, asomándonos a él, discerniríamos la imagen del rostro natural de este individuo y los secretos sobrenaturales que yacen proféticamente por debajo del mismo rostro!

Véase así hasta qué punto, en el curso actual de las cosas, se practica y paladea este asunto de la Biografía. Define para ti, juicioso Lector, el verdadero significado de estos fenómenos que llevan los nombres de Rumores, Egoísmo, Narración Personal (milagrosa o no), Escándalo, Burla, Calumnia y otros semejantes, cuya suma total —con el pequeño añadido de un ingrediente mayor que por lo general es demasiado pequeño para notarse— constituye ese otro gran fenómeno al que se sigue llamando “Conversación”. ¿Acaso esos términos no se refieren en un sentido amplio a la *Biografía* y la *Autobiografía*? No sólo en el Habla común de los humanos, sino también en todo Arte, que es o debiera ser la concentrada y conservada esencia de lo que los hombres son capaces de expresar y de mostrar, la Biografía es casi la única cosa necesaria.

Aun en las más sublimes obras de Arte, nuestro interés, como se quejan los críticos, es muy propenso a acusar una fuerte tendencia (o hasta una principal tendencia) Biográfica. En el Arte no hay forma de olvidarnos del Artista. Cuando observamos *La Transfiguración*, cuando estudiamos *La Iliada*, todo el tiempo nos esmeramos por imaginar qué tipo de espíritu habitaba en Rafael; qué tipo de intelecto fue el de Homero, en cuyo interior, en una mezcla de luz Elísea y de tinieblas Tártaras, cobró forma ese mundo antiguo, del cual estos caracteres en griego no son sino una tenue aunque perenne copia. Tenemos presentes al Pintor y al Cantor; nos convertimos parcial y temporalmente en el Pintor mismo y en el mismo Cantor, en los que disfrutamos la pintura y el canto. Que el crítico diga lo que quiera, pero acaso este sea el mayor de los gozos, el más claro reconocimiento, que podemos darnos con ellos. El Arte ciertamente es Arte, del mismo modo que el Hombre es Hombre. Si *La Transfiguración* se hubiera pintado sin el concurso de la mano del hombre, si hubiera aparecido sencillamente sobre el lienzo, digamos que debido a influencias atmosféricas, como las imágenes que los líquenes imprimen sobre las rocas, sin duda seguiría siendo una gran Pintura; sin embargo, no habría sido tan sublime como *la* Pintura que, cuando abrimos los ojos, vemos por todas partes pintada por el Cielo y la Tierra, y ante la cual pasamos siempre con

indiferencia, debido a que el Pintor no fue un Hombre. Piénsese en este asunto, pues mucho hay detrás. El Vaticano resulta sublime; pero es poca cosa junto al Chimborazo o el Pico de Tenerife, puesto que no es sino el sublime o el pobre remate en forma de cascarón de huevo al compararlo con el constelado Domo desde el cual siempre nos miran Arcturus y Orión; y sin embargo, ¿quién se pone a ver a estas últimas, salvo tal vez algún indigente observador de las estrellas dedicado a formar almanaques, algún bien encapotado vigía para ver cómo ha de ser el clima? El interés Biográfico es demandante; ese “Templo de la Inmensidad” no lo construyó ningún Miguel Ángel; de ahí que nosotros, pobres Insignificancias como somos, mejor nos volvamos a maravillar y a realizar nuestro credo en la pequeña caja de juguete del Templo que levantó uno de los nuestros.

El interés Biográfico se manifiesta aún con más decisión, más exclusivamente, conforme descendemos a las zonas más profundas de la comunicación espiritual, a lo largo de todo el espectro de lo que se llama Literatura. En la historia, por ejemplo, ¿la especie de composición más venerada, si no es que la más honorable, no es la que se propone un objetivo Biográfico? “La historia”, se dice, “es esencia de innumerables Biografías”. Así, al menos, debiera ser; el que lo sea tal vez admita cuestionarse. Pero, como sea, con qué esperanza nos volvemos a esas interminables Crónicas, con sus garrulidades e insipideces; o aún peor, al examinar pacientemente esas Narraciones modernas, las de una cuerda Filosófica, en las que la “Filosofía, instruyendo por medio de la experiencia”, está obligada a posarse como un búho sobre el tejado, sin *ver* nada, sin *entender* nada, diciendo tan sólo, con gran solemnidad, su perpetuo y tan cansante *hu-hu*; qué esperanza tenemos, salvo aquella en buena medida falaz de obtener cierta familiaridad con nuestros semejantes, que así hayan muerto y desaparecido, nos resultan entrañables; cómo se las arreglaron en aquellos remotos días, sufriendo y realizando; hasta qué punto, y bajo qué circunstancias, resistieron al Demonio y lo derrotaron, o bien le aplicaron sus colores y fueron pisoteados por él; en breve, cómo fue la eterna Batalla, a la que los hombres dan el nombre de Vida, la cual en estos tiempos nuevos, si bien con diferente fortuna, estamos obligados a enfrentar, instruyendo a nuestros hijos y nietos para que continúen luchando, hasta que un día el Enemigo sea derrotado y abolido por completo, o bien que la Noche mayor caiga y aparte a los contendientes; y de ese modo, ya sea por medio de algún Milenio o de un nuevo Diluvio como el de Noé, vuelva a comenzar el volumen de la Historia Universal. Otra esperanza, en el estudio de semejantes Libros, no tenemos, ¿y quién que la haya albergado no sabe que se trata de una esperanza engañosa? Ante nosotros se extiende la Fiesta de la mayor intuición Biográfica; accedemos llenos de anticipaciones voraces; sólo que, por desgracia, como en tantas otras fiestas a las que la Vida nos convida, no se trata sino de “la fiesta de las cáscaras” de Ossian ¡en la que una vez apurados y agotados los alimentos y las bebidas no quedaron sino platos vacíos y engañosos emblemas! Nuestros Modernos Restauradores His-



De nueva cuenta, considérense todas las variedades de Narraciones Ficticias, desde la más alta categoría de la Poesía épica o dramática, en Shakespeare y Homero, hasta la Prosa más baja, en la novela de moda. ¿Qué son sino numerosas imitaciones de Biografías?

tóricos son ciertamente un poco mejores que los altos sacerdotes del Hambre, que conservaron las vajillas más selectas aunque no tienen nada que servir en ellas. Pero tal es nuestro apetito por la Biografía que vamos de una a otra tienda, con nuevas esperanzas y, a menos que podamos alimentarnos de aire, con nuevos desengaños.

De nueva cuenta, considérense todas las variedades de Narraciones Ficticias, desde la más alta categoría de la Poesía épica o dramática, en Shakespeare y Homero, hasta la Prosa más baja, en la novela de moda. ¿Qué son sino numerosas imitaciones de Biografías? Empeños, acá de un Vocero inspirado, allá de un Charlatán sin inspiración, por ofrecer, con mayor o menor éxito, el gran secreto en el que se afanan todos los corazones: el significado de la Vida del Hombre; oferta que encuentra lectores, así haya sido trazada por un intelecto inerme e impresa en la Imprenta de Minerva. Ya que, piénsese, aunque exista el *mayor* de los Tontos, superior en todos los órdenes; y el mayor de los Tontos de este Planeta esté vivito y coleando, y esta misma mañana o un poco más tarde haya comido su desayuno, e incluso ahora mismo lo esté digiriendo; y contemple el mundo con sus ojos torpes y en su interior se forme alguna inefable teoría, ¿en dónde se habría uno de encontrar personalmente con el auténtico ser Existente! Alguno de nosotros, ¿podría saber que lo ha visto, fuera de toda conjetura, que se ha comunicado oralmente con él? Incluso al considerar la más estrecha esfera de esta nuestra Metrópolis inglesa, ¿podría decir alguno de nosotros con toda confianza que ha conversado con el individuo más Estúpido que en la actualidad existe en Londres? Nadie. Por hondo que nademos en lo Profundo, siempre aparece ahí una nueva profundidad; es todo un misterio para nosotros el lugar en el que se localizan tanto la sima última como las nuevas escenas del ser que debemos conocer antes de llegar a ella —salvo que sabemos que en alguna parte ha de estar y que puede alcanzarse con el concurso de la facultad y la oportunidad humanas—. ¡Búsqueda extraña y acuciante! No sólo sabemos con absoluta certeza que en la actualidad vive en Londres el ser más Estúpido de todos, con algún tipo de sustento, sino que antes o tal vez ahora mismo varias personas han hablado con él de frente, mientras que a nosotros, buscándolo como hemos podido, semejante bendición científica ¡acaso se nos niegue para siempre! Pero lo que queríamos enfatizar era este incómodo hecho: que ningún intelecto conocido fue tan torpe sino que bien puede haber otros intelectos para quienes el primero fuese un genio y el oráculo del fraile Bacon. De ningún Libro en particular, ni siquiera de una Novela de moda, se puede pontificar con certeza que su vacuidad sea total; que no existan otras vacuidades que por sí solas colmen parcialmente y que se tengan por algo *pleno*. ¿Cómo pueden saber, exclamaría el afligido Novelista, que yo, aquí donde me encuentro, sea el más Tonto de los mortales existentes, que este Largo oído de mi Biografía Ficticia no le cumpla a la una y a la otra, en cuyos oídos aún más largos pueda ser el medio, por obra de la Providencia, de inculcar algo? Respondemos: Nadie lo sabe, nadie lo puede saber

de cierto; por lo tanto, persiste en la escritura, valioso Hermano, aun cuando no lo puedas hacer, aun cuando te sea dable.

Aquí, sin embargo, en relación con las “Biografías Ficticias” y muchos otros asuntos más del mismo tipo que el intelecto menos comedido pudiera nombrar en estos días, valdría la pena insertar algunas aseveraciones singulares relativas a la importancia y el significado de la *Realidad*, tal y como aparecen escritas para nosotros en las *Aesthetische Springwurzeln* del profesor Gottfried Sauerteig, una obra que acaso resulte nueva para la mayoría de los lectores ingleses. Este Profesor y Doctor no es una persona a quien podamos encomiar sin reserva; tampoco debemos decir que sus *Springwurzeln* (una suerte de mágicas ganzúas), como él las llama presuntuosamente, sean las adecuadas para “abrir” cualquier *cerradura* que guarde algún misterio estético; sin embargo, en su estilo hosco y parcial en ocasiones atina sobre grandes verdades. Pretendemos traducir con fidelidad y confiamos que al lector le parezca digno de una seria consideración.

“El significado, aún para fines poéticos”, dice Sauerteig, “que yace en la REALIDAD es muy propenso a escapársenos; tal vez sólo ahora se haya comenzado a discernir esto. Cuando dijimos que las *Confesiones* de Rousseau son un Poema elegíaco-didáctico no era una figura del lenguaje nada más, nos referíamos a un hecho científico histórico.

“La Ficción, cuando el que la finge sabe que está fingiendo, es parte, mucho más de lo que alcanzamos a sospechar, de la naturaleza del acto de *mentir*; y siempre, hasta cierto grado, tiene un carácter insatisfactorio. Todas las Mitologías alguna vez fueron Filosofías, se las *creía* los Poemas Épicos de la antigüedad, en tanto continuaron siendo *épicos* y tuvieron un impacto cabal, fueron Historias, y se entendía que eran narraciones de *hechos*. En la medida en que Homero empleó sus dioses como meras figuras de ornato, y él mismo no creyó, o al menos no esperaba que sus escuchas creyeran, en que los dioses participaron realmente en esas viejas hazañas, ahí dejó de ser *auténtico*; ahí fue un cantor parcialmente *hueco* y falso; y cantó para agradar sólo a una parte del intelecto del hombre, no el todo.

“La imaginación, a fin de cuentas, no es sino algo muy pobre cuando tiene que separarse del Entendimiento, e incluso la enfrenta hostilmente en flagrante contradicción. Nuestra mente está dividida en dos. Se discute que, por necesidad, la parte más débil ha de ser la productora de lo peor. Ahora bien, de todos los sentimientos, estados, principios, llámeseles como se les quiera llamar, ¿no es la Fe el más claro, el más poderoso, contra el cual contienden en vano los otros? La Fe es, ciertamente, el principio y la primera condición de cualquier Fuerza espiritual; sólo en la medida en que se *crea* en la Imaginación, así sea momentáneamente, puede haber algún uso o significado en ella, algún gusto. ¿Y qué es una Fe momentánea? El gozo de un momento. En tanto que una Fe perenne sería un gozo perenne y con el alma toda.

“Es así como juzgo lo Sobrenatural en un Poema Épico; y diría que en el instante deja de ser auténticamente sobrenatural y se

“La imaginación, a fin de cuentas, no es sino algo muy pobre cuando tiene que separarse del Entendimiento, e incluso la enfrenta hostilmente en flagrante contradicción. Nuestra mente está dividida en dos. Se discute que, por necesidad, la parte más débil ha de ser la productora de lo peor. Ahora bien, de todos los sentimientos, estados, principios, llámeseles como se les quiera llamar, ¿no es la Fe el más claro, el más poderoso, contra el cual contienden en vano los otros?”

convierte en lo que usted llamaría una ‘maquinaria’, ¡aléjelo de la vista (*schaff es mir vom Halse*)! Con cuánta razón esa misma ‘Maquinaria’, de la que los críticos tanto hablan, bien se llamó *Maquinaria*; pues en todos los aspectos es mecánica y de ninguna manera es inspirada o poética. Ni siquiera para nosotros existe en ella el gozo estético más sutil, salvo así: que creamos que *alguna vez fue creída*, por el Cantor o por sus Escuchas; en cuyo estuche hoy nos afanamos por transportarnos; y así, con resultados lo suficientemente restringidos, atrapar algún reflejo de la Realidad que para ellos era completamente real y visible cara a cara. Todas las veces que se ha llegado al punto en el que vuestra ‘Maquinaria’ es reconocidamente mecánica y no creída, ¿qué otra cosa ofrece, si nos atrevemos a decirnos la verdad, más que un miserable Desengaño sin sentido, conservado tan sólo por el uso y la costumbre? Si los dioses una *Iliada* han dejado de ser para nosotros auténticas, conmovedoras, estrujantes Formas del Terror, hasta convertirse en meras Sombras con un vago brillo, ¿qué serán los muertos dioses paganos de una *Luisiada*, los dioses concretos-abstractos, evangélicos-metafísicos de un *Paraíso perdido*? ¡Leña quemada! Indumentaria de época, en el mejor de los casos, en la que algún pobre mimo, a golpes y tropiezos, puede o no plantear nuevos Sentimientos Humanos (una Realidad, otra vez), y asegurar o no de ese modo nuestra indulgencia ante tal mascarada hedonista; por lo cual, en todo caso, él debería ofrecer una *disculpa*.

“Así es que sólo los primeros Poemas Épicos pueden reclamar para sí el galardón de la credibilidad absoluta, de la Realidad: luego de una *Iliada*, de un *Shaster*, de un *Corán* y de otras obras primitivas semejantes, lo demás, desde mi perspectiva, parece quedar excluido por completo de la lista. Así las cosas, ¿qué *son* todas las demás, en comparación, de la *Eneida* de Virgilio en adelante? Cosas frías, artificiales, heterogéneas; más cerca de las flores de plástico que de las rosas; en el mejor de los casos, una incoherente mezcla de ambas; a algunas de las cuales, es verdad, sería difícil negarles el título de Poemas, aunque a ninguna podría pertenecerles ese título en un sentido que semejara al alto sentido que antes, en aquellos tiempos, llevaba cuando el epíteto de ‘divino’ o ‘sagrado’ se aplicaba a la Palabra del hombre, no era una vana metáfora, un sonido vano, sino un nombre verdadero con significado. De este modo, también, mientras más nos alejamos de esos primeros días, cuando la Poesía, como sucede con la verdadera Poesía, seguía siendo sagrada o divina, e inspiraba (lo que la nuestra, en buena medida, sólo finge), más imposible se vuelve producir ya no digamos Poesía verdadera sino un remedo tolerable; más vacías, en particular, se vuelven todas las formas Épicas; hasta que a la larga, como en la presente generación, el nombre mismo de la Épica pone a los hombres a bostezar y el anuncio de una nueva Épica es recibido como una calamidad pública.

“Pero si lo *imposible* fuera descartado para siempre, y se asumiera lo *probable*, ¿qué sucedería *entonces* con la ficción? Pues yo diría que el mal habría sido en buena medida enmendado, mas no curado del todo. Tenemos así, en lugar de la completamente



muerta Épica moderna, la parcialmente viva Novela moderna, a la cual es más sencillo prestarle la tan esencial ‘credibilidad momentánea’, que a la Épica; de hecho, es infinitamente más fácil hacerlo; pues siendo que la Épica es absolutamente increíble, no hay un solo mortal que por un instante *sea capaz* de darle crédito, que por un momento la pueda disfrutar. De este modo, por aquí y por allá, un *Tom Jones*, un *Meister*, un *Crusoe*, ofrecerán no poco solaz a las mentes de los hombres; aunque infinitamente menos de lo que lo haría una *Realidad*, en caso de que el significado de eso fuera expuesto de un modo impactante, en caso de que el genio capaz de desplegarlo de tal forma nos fuera enviado por la gentileza del Cielo. Ni que decirle a usted que las propias realidades nos están haciendo falta, pues la Vida del Hombre, hoy, como en la antigüedad, es la genuina obra de Dios; en donde quiera que hay un Hombre, ahí está Dios, y todo lo que existe es a semejanza de Dios: un epítome cabal del Infinito, con sus significados, yace en el interior de la Vida de cada Hombre. Sólo que, por desgracia, no la tendremos —y la seguiremos esperando!—, a menos que el Profeta discerna esta misma semejanza Divina y que con la debida expresión la despliegue para nosotros.

“Por otra parte, ante nosotros aparece un asunto en el que convergerá el espectro completo de los lectores en alemán: si el hombre aún *puede* interesarse en la Palabra hablada, como lo estuvo tan frecuentemente en los primeros días, cuando extasiado en su inescrutable poder, en aquellos dialectos con los que entonces contaba, para ser *trascendental* —para *trascender* toda medida—, para ser sagrada, profética y la inspiración de un dios. En lo que a mí respecta, yo (*ich meines Ortes*), entiendo en lo más profundo, ya sea por la fe o por la intuición, que la respuesta a semejante pregunta será: ¡Desde luego! Pues nunca en mis pesquisas he encontrado que el Hombre, por obra de los estragos del tiempo, haya perdido alguna de las facultades que en cierto momento poseyera. A mi parecer, el recién nacido que llegó ayer tiene todos los órganos del Cuerpo, el Alma y el Espíritu, y los tiene exactamente en la misma combinación y número que el más antiguo de los griegos pelágicos o que el patriarca mesopotámico o que el mismo padre Adán. Los diez dedos de las manos, el corazón con venas y sangre arterial en ellas, siguen perteneciendo al hombre nacido de mujer. ¿Cuándo perdió alguna de sus facultades espirituales, sobre todo, su más sublime Dotación espiritual, la de revelar y recibir adecuadamente la Belleza Poética? Tampoco faltan lo material ni la susceptibilidad; sólo hace falta el Poeta, o una serie de Poetas, que trabaje sobre esto. Es verdad, una verdad muy triste, que el Poeta *es* el que sigue haciendo mucha falta, y sin embargo ¿no tenemos ante nosotros siglos suficientes para producirlos en ellos? ¡A él y a muchos otros más! Yo, por ahora, no haré sino predecir que sobre todo trabajando más y más sobre la REALIDAD, y desarrollando cada vez con mayor sabiduría *sus* inextinguibles significados, y, en pocas palabras, expresando adecuadamente aquello en lo que toda nuestra alma *crea*, y dejando de decir las cosas en las que toda nuestra alma no crea, se ha de lograr o nos acercaremos a la realización de esta tarea.”

*A mi parecer,
el recién nacido que llegó ayer
tiene todos los órganos del
Cuerpo, el Alma y el Espíritu, y
los tiene exactamente en la misma
combinación y número que el más
antiguo de los griegos pelágicos o
que el patriarca mesopotámico
o que el mismo padre Adán.*



*Entre tanto, abandonando estas
elevadas regiones, dejemos
que cada quien piense en lo
impactante que puede llegar a ser
el hecho histórico más pequeño,
comparado con el más
grande hecho ficticio, la fuerza
incalculable que tenemos que
considerar aquí.*

Hemos insertado deliberadamente estas notables observaciones sobre la enorme importancia de la REALIDAD, considerada incluso como materia poética, observaciones no infundadas, si bien parciales, no carentes de profundidad, aunque limitadas, puesto que con frecuencia a muchos lectores se les ha presentado una sensación pasajera semejante; y en general es bueno que todo lector y que todo escritor entiendan, con la mayor intensidad de la convicción, el valor infinito que hay en la *Verdad*, lo envolvente, omnipotente, que en la mente del hombre es esa cosa que llamamos *Fe*. Por lo demás, Herr Sauerteig, si bien parcial, en este asunto de la Realidad parece estar bien persuadido y tal vez no sea tan ignorante como parece. No puede ser desconocido para él, por ejemplo, todo el ruido que se hace a propósito de la “Invención”; el alto rango que se le reconoce a esta facultad en la dotación poética. Grande en verdad es la Invención; pero no es sino pobre ejercicio cuando la *Fe* no tiene nada que ver. “Un irlandés con un whisky en la cabeza”, como decía el pobre Byron, te inventará, en este sentido, hasta dar y repartir. Por una parte, bien visto, tal vez el alto ejercicio de la Invención no tiene nada que ver con la Ficción, en ningún aspecto; sino que es la invención de una nueva Verdad, a la que podemos llamar una Revelación, la cual sin duda trasciende a los demás esfuerzos poéticos y Herr Sauerteig no puede elogiar tan abiertamente. Pero por otra parte, él y el resto del mundo acaso estén de acuerdo, y así continuarán hasta que la misma “Revelación” o la nueva “Invención de la Realidad”, de la que él habla, hagan su aparición.

Entre tanto, abandonando estas elevadas regiones, dejemos que cada quien piense en lo impactante que puede llegar a ser el *hecho* histórico más pequeño, comparado con el más grande *hecho ficticio*, la fuerza incalculable que tenemos que considerar aquí. La Cosa que aquí sostengo que imaginó mi mente, sucedió en efecto; fue, de verdad, un elemento en el sistema del Todo, del cual asimismo yo formo parte; de suerte que tuvo y tiene un ser auténtico a lo largo del tiempo; ¡no es un sueño sino una realidad! Nosotros mismos recordamos haber leído, con sentimientos acaso accidentalmente abiertos por la misma lectura —aunque a decir verdad con una profunda impresión de extrañeza de nuestra parte, tanto entonces como ahora—, ese pasaje al parecer insignificante de Lord Clarendon¹ en el que Carlos, tras la batalla de Worcester, se aleja del Robledal Real, en compañía del Squire Careless, al caer la noche, debido al hambre; de qué modo “arreglándose las para librar cercos y canales, luego de caminar ocho o nueve millas cuando menos, que para el Rey resultaron más gravosas debido al peso de sus botas —pues no se las pudo *quitar* al cortarse el cabello, debido a la falta de zapatos—, antes del amanecer llegaron a *una pobre cabaña, cuyo propietario, siendo católico romano, era conocido de Careless.*” Y la forma en la que este miserable, recién despertado de su sueño, “los llevó a un pequeño granero lleno de paja”, “más cómodo que la cabaña en la que él vivía”, y poco a poco, no sin dificultad, le llevó a Su Majestad “un trozo de pan y un gran pote de mantequilla”, diciendo cándidamente que “él mismo vivía de su

trabajo diario y que lo que le había llevado era todo lo que tenían él y su mujer”. Con tan nutritiva dieta, “echado sobre la paja”, Su Majestad se alimenta durante dos días; y luego se va de ahí, con un nuevo guía, habiendo antes cambiado de muda, hasta la camisa misma, y “el viejo par de zapatos”, con su casero; y de este modo, como dice Bunyan, “sigue su marcha y no lo vuelve a ver”. ¡Qué singular, si nos detenemos a verlo! Así que éste era un genuino rústico de carne y hueso del año de 1651: en efecto comía pan y mantequilla (no contando ni con cerveza ni tocino) y trabajaba el campo; con estos “zapatos” gruesos se movía por los caminos lodosos del invierno y, jovial o no, conducía su yunta por el campo en el verano; comerciaba, regateaba y discutía, a veces andaba serio, a veces alegre; era hijo, era padre; se afanaba de diversos modos, obligado a hacerlo, hasta perder la fuerza; y entonces —echado “para descansar su fatigada espalda”— ¡dormía hasta el amanecer! ¿Cómo es que nada más él, entre todos los rústicos británicos que trabajaban y vivían con él, sobre los que brilló el bendito sol de ese mismo “quinto día de septiembre”, tuvo oportunidad de llegar hasta nosotros, cómo es que este par de Zapatos remendados, entre los millones y millones de cueros curtidos y cortados y gastados, lograron subsistir y volverse asimismo visibles? Apenas lo alcanzamos a ver por un momento; por un solo momento la Noche de los tiempos se despeja para que miremos y observemos, y después se cierra de nuevo sobre él, para siempre.

Del mismo modo, en algunos pasajes de *La vida de Johnson* de Boswell, ¡con qué indeleble y mágico brillo viven en nuestra memoria muchas pequeñas Realidades! No hace falta que los personajes de la escena sean un Rey y un Bufón, que la escena transcurra en el Robledal Real, “en los límites de Staffordshire”; lo único que se necesita es que la escena suceda en nuestra vieja Tierra firme, a la que nosotros también, sorprendentemente, hemos venido a parar; que los personajes sean *humanos* y que sean vistos con los ojos de un *humano*. Absurdamente, cómo es que algún ligero incidente, acaso desagradable y hasta feo, siendo *real* y bien presentado, se ha de fijar en la susceptible memoria y ahí ha de permanecer ennoblecido, plateado por la pálida mirada del pensamiento, con el *pathos* que pertenece exclusivamente a los Muertos. Pues el Pasado es absolutamente sagrado para nosotros; todos los Muertos son sagrados, hasta los que en vida fueron ruines y perversos. Su ruindad y su perversidad no era la de *Ellos*, era la del pesado e ingobernable Medio que tuvieron a su alrededor, contra el que lucharon en vano. ¡*Ellos* —la etérea Fuerza que Dios da y que estaba en ellos y que era su *Yo*— ahora se han quitado de encima ese pesado Medio y son libres y puros; la Batalla de su vida toda, como haya sido, ha acabado, con más o con menos heridas; ya han sido liberados de eso y el que alguna vez fuera un crudo campo de batalla se ha convertido en un callado e impactante Gólgota y en un *Gottesacher* (Campo de Dios)! Boswell relata este que por sí solo es uno de los sucedidos más pequeños y pobres: “Al caminar esta noche a lo largo de la Avenida, tomados del brazo, una mujer de la calle nos interpeló del modo en que era costumbre hacerlo.

Pues el Pasado es absolutamente sagrado para nosotros; todos los Muertos son sagrados, hasta los que en vida fueron ruines y perversos. Su ruindad y su perversidad no era la de Ellos, era la del pesado e ingobernable Medio que tuvieron a su alrededor, contra el que lucharon en vano.

Bien vale la pena que el Artista examine por sí mismo qué es lo que le da a tan pobres incidentes su memorabilidad; asimismo el objetivo del Artista, sobre todo, consiste en ser memorable.

La mitad del efecto, ya lo percibimos, depende del objeto, en que sea real, en que de veras haya sido visto.

‘No, no, mi amiga,’ dijo Johnson; ‘no insista’. Él, sin embargo, no fue descortés con ella; y hablamos de la desgraciada vida de tales mujeres.” ¡Extraño poder el de la *Realidad!* Este tan insignificante sucedido, aún ahora, después que pasaron y ya han quedado atrás setenta años, para nosotros sigue teniendo significado. ¡Considérese que, en efecto, es *cierto*; que sucedió tal cual! Esa infeliz Marginada, con todos sus pecados y quebrantos, sus ilegales deseos, sus tan complejos avatares, sus lamentos y sus sublevaciones, se ha ido por completo; por desgracia, desde entonces se han vuelto polvo y humo y yacen en el suelo los jirones de sus galas de hechicera; no queda nada de su degradado cuerpo y de toda su miserable existencia terrenal. *Ella* ya no está aquí, sino lejos de nosotros, en el seno de la Eternidad, ¡de donde venimos y en donde hemos de acabar! “No, no, mi amiga; no insista”; y después el “hablamos”; y aquí esa miserable, vista apenas con el rabillo del ojo, pasa a la Noche mayor. La sublime Calista, surgida alguna vez de la mente del Cuentista, no nos impactará más hondamente que esta baja mujer en lo bajo; y por un buen motivo: que *ella* proviene del Creador de los Hombres.

Bien vale la pena que el Artista examine por sí mismo qué es lo que le da a tan pobres incidentes su memorabilidad; asimismo el objetivo del Artista, sobre todo, consiste en ser *memorable*. La mitad del efecto, ya lo percibimos, depende del objeto, en que sea *real*, en que de veras haya sido *visto*. La otra mitad dependerá del observador; y ahora la pregunta es esta: ¿Cómo hay que hacer para que los objetos se vean *así*, de qué cualidad de observación, o estilo descriptivo, depende este tan intenso poder pictórico? Con frecuencia una pequeña circunstancia participa de una manera peculiar en el resultado: se presenta un rasgo pequeño y tal vez en apariencia accidental; un ligero brillo que al instante *excita* a la mente y la conmina a completar la imagen y a desarrollar el significado por sí sola. Los críticos han señalado con frecuencia esos ligeros brillos y su influencia casi mágica; pero la capacidad para producirlos, para seleccionar tales rasgos como si fueran producto de la voluntad, generalmente es tratada como un don, o como un truco del oficio, un secreto para ser “gráfico”; cuando que en realidad estas proezas mágicas son, a decir verdad, inspiraciones; y el don para realizarlas, que actúa inconscientemente, sin pensar, y como si la naturaleza actuara por su cuenta, es propiamente cierto *genio* para la descripción.

Existe un grande e invaluable secreto, sin embargo, que incluye a todos los demás y, lo que es mejor aún, está al alcance de todos los hombres: *¡tener un corazón abierto y amoroso y lo que de semejante posesión se sigue!* Ya se ha dicho, es verdad, aunque en estos tiempos es preciso repetirlo enfáticamente: un Corazón amoroso es el comienzo de todo conocimiento. Esto es lo que despeja la mente, lo que despierta todas las facultades del intelecto para la realización de su trabajo, el cual es *conocer*; y de ahí, como una consecuencia segura, el de *expresar con intensidad*. Ya no hay otro secreto que valga la pena tener para ser “gráfico”, pero con este basta. ¡Véase, por ejemplo, lo que un poco de Boswell es capaz de



hacer! Allí, ciertamente, el hombre se convierte en espejo vivo, de donde resulta que las maravillas de este Universo siempre fabuloso son representadas en su verdadera luz —la cual es siempre mágica, milagrosa— y su reflejo se proyecta hacia nosotros. Se ha dicho “el corazón ve más lejos que la mente”; pues ciertamente que sin un corazón clarividente no existe la posibilidad de una mente observadora; todo es mero vistazo, alucinación y vana fantasmagoría superficial, la cual no puede ser útil para nadie de manera permanente.

Aquí, otra vez, ¿podríamos detenernos un instante y hacer una reflexión práctica? Si consideramos la multitud de mortales que en estos días toman la Pluma, y que a duras penas saben deletrear y escribir sin incurrir en flagrantes violaciones gramaticales, aparece naturalmente esta pregunta: ¿cómo es que de ellos no ha salido una Obra que, llevando la impronta de la autenticidad y la permanencia, viva más de un día? Una Fosa sin fondo se traga mensualmente cargamentos de Novelas de moda, de Rimas Sentimentales, de Tragedias, Farsas, Diarios de Viaje, Cuentos a granel y de todos los asuntos; la Imprenta no para, incontables Papeleos, Formadores, Aprendices, Encuadernadores y Voceadores enroquecen de tantos gritos, no paran de trabajar; y sin embargo, a borbotones, sin pausa alguna, el gran aparato de Publicaciones no cesa de precipitarse hacia su destino final; y el sereno Olvido clama: “¡Dádmme, dádmme!” ¡Cómo es que entre estas inabarcables multitudes no hay uno solo que logre la más ligera marca de excelencia o que produzca un asombro más duradero que “el copo de nieve en el río” o la espuma de una cerveza barata! Respondemos: porque *son* espuma, porque en ellos no hay *Realidad*. Estos Tres Mil hombres, mujeres y niños que conforman la armada británica de Autores, bien vistos, no *ven* nada; por lo tanto, no tienen nada que sean capaces de consignar y expresar, fuera de unas cuantas cosas que pueden pretender registrar. El Universo —el del Hombre y la Naturaleza— les sigue vedado; el “secreto abierto” sigue siendo todo un secreto; porque no se los han despejado ni la falta de simpatía hacia el Hombre o la Naturaleza ni la falta de amor y libre simplicidad. Nada salvo la penosa Imagen de su propio penoso Yo, con sus vanidades y pequeñeces y con todo tipo de angustias demandantes, es cuanto sigue prendido a la retina de estas desafortunadas personas; de suerte que el Todo sideral, y cuanto abarca, no luce sino como la larga sombra que proyectara una linterna mágica de esa misma imagen —y como es natural luce muy penosa.

En vano alegrarán estas personas que carecen de un don natural, que son estúpidos y miopes de manera natural, por lo que no *alcanzan* a conocer nada; por tanto, al escribir sobre cualquier cosa, están obligados a escribir falsedades a propósito de la misma, no habiendo en tal cosa verdad alguna. No es así, buenos Amigos. El más estúpido de ustedes cuenta con alguna facultad; aunque no fueran más que la del habla articulada —digamos, en el dialecto escocés, en el irlandés, en el cockney, o hasta en el “inglés de las institutrices”— y la que les permite alcanzar a discernir

¡Cómo es que entre estas inabarcables multitudes no hay uno solo que logre la más ligera marca de excelencia o que produzca un asombro más duradero que “el copo de nieve en el río” o la espuma de una cerveza barata! Respondemos: porque son espuma, porque en ellos no hay Realidad.



lo que tienen enfrente de sus narices. Tal vez el más estúpido de ustedes respingara al comparar sus facultades con las de Boswell, ¡y sin embargo vean lo que él produjo! Ustedes no emplean con honestidad su facultad; el corazón lo tienen bloqueado; llenos como están de avaricia, de malicia, de insatisfacción, no pueden abrir su sentido intelectual. También es en vano pretextar que James Boswell tuvo sus oportunidades, que conoció grandes hombres y grandes cosas, que ustedes ni esperanzas tienen de conocer. ¿Qué es lo que hace de uno un párroco White en Selborne? El no sólo no tuvo grandes hombres que observar, sino que ni siquiera eran hombres, sino gorriones y escarabajos nada más; sin embargo, de éstos nos dejó una *Biografía*, la cual, bajo el título de *The Natural History of Selborne*, sigue siendo valiosa para nosotros; en ella está la copia fiel de una o dos pequeñas frases del Inspirado Volumen de la Naturaleza, y es por eso que no carece de inspiración. Cojan camino y hagan lo mismo. Aparten por completo toda frivolidad y falsedad de sus corazones; esmérense con toda serenidad por adquirir lo que es dable a todo Hombre creado por Dios, un alma libre, abierta, humilde: *absténganse hasta de hablar, como sea, hasta no tener algo que decir*; no piensen en la recompensa por lo que puedan escribir, sino simplemente y con la cabeza clara por la *verdad* de lo que digan; luego ubíquense en cualquier sección del Espacio y del Tiempo, abran bien los ojos, y ellos en efecto habrán de *ver* y les proveerán de un genuino *conocimiento*, errante, digno de *creer*; y en lugar de un Boswell y de un White, el mundo se congratulará de contar con un millar —javecindados en miles de torres de vigilancia para instruirnos con documentos indiscutibles sobre cualesquiera de las cosas que en nuestro fabuloso mundo salgan a la luz o *sean*! Ay, si el Editor de esta Revista tan sólo tuviera una varita mágica para volver todo este copioso Intelecto, que en la actualidad nos inunda con artificial espuma ficticia y con puras Mentiras, hacia el veraz estudio de la realidad, ¡el conocimiento que cada año nos daría sobre la enorme y perdurable Naturaleza y sobre los modos y costumbres del Hombre! Enorme sería nuestra recompensa si tan sólo pudiéramos cambiar a uno solo de estos fabricantes de espuma y payasos de feria en un auténtico Pensador y Realizador, que inclusive *tratara* de pensar y de hacer con honestidad.

Pero volvamos a nuestro tema, o mejor dicho, que éste sea el punto de partida de nuestro viaje. Si ahora, con las *Springwurzeln* de Herr Sauerteig, con nuestras propias y abundantes elucubraciones, ha quedado claro cuán hondo e incommensurable es “el valor que radica en la *Realidad*”, y más todavía, cuán exclusivo es el interés que despiertan en el hombre las Historias del Hombre, ¿no parece lamentable que en la Literatura se hayan acumulado tan pocas buenas *Biografías* genuinas, que en todo el mundo uno no pueda encontrar, poniéndose estricto, más de una docena, o bien trece, y que casi todas sean de fechas muy remotas? Es lamentable, y sin embargo, por lo que ya hemos visto, explicable. Se podría plantear otra pregunta: ¿cómo es que en Inglaterra la única biografía que tenemos sea esta de Johnson por Boswell, y que en

menor proporción que cualquier pueblo civilizado haya habido buenos, regulares o hasta malos intentos biográficos? Véase el caso de los franceses y alemanes, con sus Moreri, Bayle, Jörden, Jöcher, sus innumerables *Mémoires* y *Schilderungen* y *Biographies Universelles*, por no referirnos a Rousseau, Goethe, Schubart, Jung-Stilling, y en seguida contrastémoslo con nuestros pobres Birch y Kippi y Peck, cuya especie completa, más aún, ¡se ha extinguido en la actualidad!

No nos metamos con este asunto, que nos podría llevar bien lejos y despertarnos el poco halagador sentimiento patriótico, pero volvámonos en cambio, con enorme placer, hacia el hecho de que en inglés *existe* una buena Biografía; y que incluso hoy la tenemos, en Cinco nuevos Volúmenes, en nuestras manos, solicitándonos que la volvamos a disfrutar; de modo que, edad tras edad (lo Perenne mostrando siempre nuevas fases conforme *nuestra* posición se modifica), siga siendo provechoso el reconocerla; tarea a la que aquí, en este sitio, en esta edad, nos entregamos con gusto.

Sin embargo, dejemos en primer lugar que pase la fiesta de este Primero de Abril; y que nuestro Lector, durante los 29 días de clima incierto que siguen, continúe reflexionando, como le plazca, sobre el propósito de la BIOGRAFÍA en general; así, con el bendito rocío de la fiesta del Día Mayo, y con la ventaja ilimitada del espacio, pongamos ante él todo lo que hemos escrito sobre Johnson y sobre el Johnson de Boswell y sobre lo que dijo Croker del Johnson de Boswell.

Notas

¹ *History of the Rebellion*, III, 625.



